

maron al fin el curso de su martirio, alargando el cuello á la cuchilla. San German fué sepultado en Mérida, y san Servando en Sevilla.

En Antioquia en Siria, la fiesta de san Teodoro, presbítero, que, habiendo sido preso en la persecucion del impio Juliano, fué atormentado en el potro del modo mas cruel y diverso; fué además quemado con hachones aplicados á los costados; y como se mantuviese siempre constante en la confesion de Jesucristo, consumó su martirio bajo los filos de la cuchilla.

En Constantinopla, san Ignacio, obispo, quien, habiendo reprendido al Cesar Bardas por haber repudiado á su mujer, fué denostado y enviado á un destierro; de donde sacado por el papa Nicoalo, murió por último en paz.

En Burdeos, san Severino, obispo de Colonia y confesor.

En Ruan, san Roman, obispo.

En Salerno, san Vero, obispo.

En tierra de Amiens, san Domicio, presbítero.

En el Poitou, san Benito, confesor.

En Villach de Hungria, san Juan de Capistrano, confesor, del orden de los frailes menores, ilustre por la santidad de su vida y por el zelo de la propagacion de la fe católica, quien con sus oraciones y milagros libertó á Belgrado sitiado por los Turcos, cuyo ejército fué enteramente derrotado.

Este mismo dia, san Graciano.

En Toul, san Amon, segundo obispo de aquella ciudad.

Este mismo dia, san Albino de Tomieres, venerado como mártir en San Pons.

En Lillers cerca de Aire en Artois, san Luglo y san Lugliano, hermanos, martirizados por los Vandalos.

En Viena de Francia, san Ecdico, obispo.

En Auch, san Leotado, obispo, que habia sido abad de Moissac.

En Mugel, valle de Toscana entre el Apenino y el rio Arno, san Cresco, mártir.

En Etiopia, san Huras, mártir.

En Umbria, san Spe, obispo de Espoleto.

Cerca de Sublago, santa Cleridona, virgen.

En Inglaterra, santa Eteldreda, virgen.

La misa es del comun de muchos mártires, y la oracion la que sigue:

Omnipotens sempiternus Deus,
qui sanctis fratribus Servando
et Germano mirabilem fidei
constantiam tribuisti; concede
propitius, ut qui sanctorum
martyrum patrocinio fruimur,
eorum perpetua intercessione
roboremur. Per Dominum nos-
trum...

Omnipotente y sempiterno
Dios, que disteis tan admirable
constancia en la fe á los santos
hermanos Servando y German;
concedenos, misericordioso Se-
ñor, que los que gozamos del
patrocinio de tan grandes már-
tires, seamos confortados con
su perpetua intercesion. Por
nuestro Señor...

La epístola es del cap. 11 de la de san Pablo á los Hebreos, y la misma que el dia XI, pág. 284.

REFLEXIONES.

En la epístola de este dia se ofrecen unas reflexiones de mucho consuelo para aquellos cristianos á quienes Dios ha llamado á un estado de paz y tranquilidad en que pueden ganar su salvacion á costa de poco trabajo. Siempre ha sido cierto para todos que *el reino de los cielos padece fuerza, y que solamente le logran aquellos que le arrebatan haciéndose violencia.* Por esta causa, á todo género de vida cristiana se le da en las sagradas letras el nombre de lucha, batalla

y guerra, en donde es necesario vencer al mundo, al demonio y á la concupiscencia para alcanzar victoria; pero aquellos santos á quienes ha llamado Dios por medio del martirio, no hay duda que han necesitado de mucho mas valor y constancia que los que en vida privada no han tenido mas lucha que con sus propias pasiones. El ánimo mas fuerte padece unas terribles concusiones cuando ve delante de sí los horrosos instrumentos que han de dilacerar su cuerpo, y la funesta cuchilla que amenaza con la muerte.

Por eso, san Pablo, escribiendo á los Hebreos, les pondera la virtud de la fe, y cuánta debieron tener los que animados de ella sufrieron los terribles suplicios que describe. *Unos, dice, fueron extendidos en potros, y despreciaron la vida para hallar mejor resurreccion. Otros padecieron vituperios y azotes, y además cadenas y cárceles: fueron apedreados, despedazados, tentados, pasados á cuchillo, anduvieron errantes, cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, necesitados, angustiados, afligidos.* Todo este tropel de trabajos y aflicciones que enumera san Pablo, debieron padecer los mártires para lograr la corona del martirio, y por medio de ella la bienaventuranza. Reflexiona tú, ó cristiano, cuánta es al presente tú dicha, cuando para lograr igual suerte á la que disfrutaban los mártires de Jesucristo, se te mandan cosas tan fáciles y hacederas. Viviendo en paz en el seno de tu familia, disfrutando las riquezas que la Providencia te ha destinado, sin ver por parte ninguna rezelos ni peligros; tienes la oportunidad de labrarte una corona de igual precio en la sustancia á la que lograron los santos derramando su sangre. Pero al mismo tiempo has de advertir que esto no se puede lograr sin hacer algun sacrificio. Puedes disfrutar las riquezas; pero solamente en aquello que son necesarias á tu conservacion, no en cuanto lisonjean tus pasiones y tus capri-

ehos. No tienes obligacion á vestirte de pieles, á andar errante por las selvas, y á estar angustiado y afligido de continuo; pero tampoco te es lícito gastar profanidad en los vestidos, hacer una ocupacion de los espectáculos y teatros, entregarte desenfrenadamente á la diversion y á la risa, y vivir en fin segun las leyes de las pasiones. Si los mártires necesitaron pasar por un sacrificio de sangre para llegar á las promesas eternas, cree firmemente que tampoco llegarás tú sin un equivalente sacrificio.

El evangelio es del cap. 6 de san Lucas.

In illo tempore: Descendens Jesus de monte, stetit in loco campestri, et turba discipulorum ejus, et multitudo copiosa plebis ab omni Judæa, et Jerusalem, et maritima, et Tyri, et Sidonis, qui venerant ut audirent eum, et sanarentur à languoribus suis. Et qui vexabantur à spiritibus immundis, curabantur. Et omnis turba quærebat eum tangere: quia virtus de illo exibat, et sanabat omnes. Et ipse, elevatis oculis in discipulos suos, dicebat: Beati pauperes, quia vestrum est regnum Dei. Beati qui nunc esuritis, quia saturabimini. Beati qui nunc fletis, quia ridebitis. Beati eritis cum vos oderint homines, et cum separaverint vos, et exprobraverint, et ejecerint nomen vestrum tanquam malum propter Filium hominis. Gaudete in illa die, et exultate:

En aquel tiempo: Bajando Jesus del monte, se detuvo en el valle y con él la comitiva de sus discípulos, y una copiosa multitud de pueblo de toda Judea, de Jerusalem, y del país marítimo de Tiro y de Sidon, que habian venido á oírle, y á ser curados de sus enfermedades. Y los que eran atormentados por los espíritus inmundos, eran curados. Y toda la multitud queria tocarle; porque salia de él una virtud, y curaba á todos. Y él, levantando los ojos hacía sus discípulos, decia: Bienaventurados, ó pobres, porque es vuestro el reino de Dios. Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque seréis saciados. Bienaventurados los que llorais ahora, porque reiréis. Seréis bienaventurados cuando os aborrecieren los hombres, y cuando os separaren, y os inju-

ecce enim merces vestra multa est in caelo.

riaren y despreciaren vuestro nombre como malo por causa del Hijo del hombre. Gozaos en aquel dia, y alegraos, porque vuestra recompensa es grande en el cielo.

MEDITACION.

SOBRE LA FACILIDAD QUE TIENEN HOY LOS CRISTIANOS PARA CONSEGUIR SU SALUD SOBRE LOS DE LOS PRIMEROS SIGLOS DE LA IGLESIA.

PUNTO PRIMERO.

Considera cuánta ha sido la misericordia de Dios en haberte dado existencia en un tiempo en que ya está tan adelantada su santa religion en el mundo, y disipados enteramente tantos obstáculos como tuvieron que vencer los primeros cristianos para su santificación.

Admira verdaderamente la fe y la caridad de los primeros creyentes, cuando se considera cuántas razones tenían para que la una fuese débil y la otra tibia. Por una parte estaban cercados de los ritos de los gentiles, y por otra de sus mismas pasiones, que se acomodaban mas bien á una ley carnal, que á una de puro espíritu. Sus padres, parientes y sus amigos, todos eran gentiles, todos ofrecían sacrificios á las inmundas deidades, y todos ellos oían las persuasiones de sus sacerdotes como sentencias de unos hombres inspirados. La pompa profana con que se celebraban los sacrificios, los espectáculos del circo, en que tomaban tanto interés las pasiones mas delicadas, todo concurría á formar en el corazón de los primeros fieles un muro inexpugnable, tan difícil de ven-

er como la misma naturaleza. Además de esto, el ejemplo de los hombres constituidos en dignidad, de los sabios y de los príncipes, era otro escollo de no menor peligro; porque, ¿cómo era posible que se resolviese un hombre privado á despreciar una religion y unos sacrificios que veía predicar á los sabios de la gentilidad que mas se preciaban de filósofos? ¿cómo atreverse á condenar la conducta de los magistrados y de los césares, ni contradecir aquella innata propension que tiene todo hombre, no ya de agradar de cualquiera manera á sus superiores, sino aun de lisonjear sus caprichos?

Cualquiera razon bien puesta conoce desde luego la gran dificultad que debieron tener los primeros cristianos para abrazar y practicar el Evangelio. Pero aun crece esta dificultad si se considera en sí misma la ley que abrazaban. Esta era una ley enteramente contraria á los dictámenes de la carne y de la sangre. En lugar de prescribir delicias temporales, y todo aquello en que constituye el mundo ciego la felicidad, ordena una perpetua lucha entre el cuerpo y el espíritu; la abnegacion de sí mismo, el desprecio de honras, dignidades y riquezas; y últimamente, lo que es mas difícil de todo, ordena que se desprecie la vida temporal para conseguir la eterna. Todo esto les hubiera sido fácil si al proponerles los misterios y las verdades capitales de la religion, hubiese podido su entendimiento satisfacerse de ellas por sí mismo. Pero ¿cómo podían llegar á comprender las obras de un poder infinito? ¿cómo habia de caber en un entendimiento limitado la grande obra de la redencion del mundo, proyectada y ejecutada por la divina Sabiduria? Por eso, dice san Agustin (*Lib. 22 de Civ. Dei, cap. 7*): *¿Cómo era posible que hubiesen creído los filósofos los misterios de la religion, si aquellos que la predicaban no hubieran confirmado con milagros las verda-*

des de que no podian hacer evidencia? Considerado todo esto, se le puede preguntar á cualquiera : ¿ Has tenido tú estas dificultades para ser cristiano, ni tienes tantos obstáculos que vencer para observar las verdades del Evangelio ?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que, si las dificultades que tuvieron los primeros fieles arguyen una grande facilidad de parte de los fieles de este tiempo para conseguir su salvacion, no se infiere menor de las infinitas proporciones que han resultado de la doctrina de los padres, del ejemplo de los santos, y de haberse puesto la Iglesia en un estado perfecto.

Al principio del cristianismo se podia mirar como un problema la divinidad y mision de Jesucristo, y la verdad del Evangelio. Cada articulo de los de nuestra religion sacrosanta padeció la impugnacion de los filósofos ó de los herejes. La ciencia mundana en los unos, la soberbia y contumacia en los otros, fueron los funestos principios de donde se originaron sus errores. Todos los sabios del Areopago no podian meter en su cabeza la consoladora verdad de que hay otra vida, y de que esta carne mortal ha de resucitar para pena ó gloria eterna. Los gentiles calumniaban además nuestra religion como una junta de hombres crueles que en sus reuniones comian carne humana, que de esta manera quisieron difamar el santo sacramento de la Eucaristia; pero los santos padres convencieron en doctisimas apologias no solamente la verdad, sino la racionalidad de la ley evangélica, manifestando la coherencia que tiene la sublimidad de sus misterios con los dictámenes de una razon que admite las influencias de la gracia. Todas las pestiferas opiniones con que pretendieron los herejes turbar

la paz de la Iglesia, y abrogarse el titulo de sus maestros y doctores, fueron combatidas y disipadas, ya en los multiplicados escritos que trabajaron los padres, y ya en tantos concilios en que definitivamente fueron condenadas las herejias.

En el tiempo presente están allanadas todas estas dificultades; los dogmas estan en su pura luz, desembarazados de las cabilaciones del error. La Iglesia se presenta al mundo con toda la autoridad y pompa de una madre universal, y con los gloriosos caracteres de una, católica, verdadera é infalible. Tiene establecido pacificamente su espiritual gobierno, distribuidos en gerarquias sus ministros, alzados con magnificencia sus templos, determinado un incruento sacrificio, señaladas las augustas ceremonias, y puesta toda la ley en el mayor esplendor. Nadie duda ya de ninguna verdad evangélica; tanto, que le obligó á decir á san Agustin al ver la pacifica creencia que habia en su tiempo, estas notables palabras : *El que solicita milagros para creer, es él un verdadero y grande milagro, porque rehusa su fe cuando cree todo el mundo.* Si á esto se añaden los repetidos milagros con que han sido confirmadas las verdades divinas, los gloriosos ejemplos de los santos, que constan de las historias eclesiasticas; y sobre todo, la facil y cotidiana administracion de los sacramentos, se debe inferir que en los tiempos presentes se les ha hecho á los fieles sumamente fácil aquel camino que la eterna Sabiduria llamó angosto y difícil.

JACULATORIAS.

Beati sumus, quia quæ Deo placent manifesta sunt nobis. Baruch, cap. 4.

Somos dichosos, Dios mio, porque nos habeis manifestado aquello que os es agradable.

A Domino factum est istud, et est mirabile in oculis nostris. Salm. 117.

Vos, Señor, lo habeis hecho, y en nuestros ojos comparece como un verdadero milagro.

PROPOSITOS.

Si no fuera verdadero el Evangelio, nunca se defenderia con la sangre, dice san Jerónimo (Epíst. 150). El Maestro fué crucificado, dice él mismo, sus discípulos anduvieron por las cárceles; sin embargo, crece la religion, y se aumenta. En estas palabras se contienen dos verdades, que son la basa en donde se deben apoyar tus propósitos y resoluciones para el resto de tu vida. El Evangelio es verdadero; porque si no, no se hace creible que tantos hombres sensatos, que debian estimar su vida y sus conveniencias, hubiesen sacrificado uno y otro en su defensa. Esta primera verdad debe tranquilizarte en cualquiera duda que pueda ocurrirte en materia de religion. Debes conocer cuán feliz es tu suerte en el dia respecto de la de aquellos fervorosos fieles que se resolvieron á creer cercados de una multitud de óbices que acaso tú no vencerias. Igualmente, debes pensar que si Jesucristo y sus apóstoles fuerón privados de la vida con exquisitos tormentos, y sin embargo siempre se acrecentó la religion, ni tú debes pretender ser mas que tu maestro, ni excusarte de aquellas obligaciones en que puede tomar acrecentamiento el honor de la Iglesia. Sobre todo, será una culpa muy abominable el que en la plenitud de los tiempos, cuando están patentes á todos los tesoros inmensos de la gracia, hayas de manifestarte ingrato á tu Dios, y despreciar vilmente los medios que te proporciona de ser eternamente venturoso. Tú tienes obligacion de hacer á Dios sacrificio de tí mismo, porque ni Dios ni la ley son otros para

tí que han sido para los primeros cristianos. La facilidad que tienes de cumplir estas obligaciones es grande comparada con todas las edades; la Iglesia te llama, te convida, y aun en cierta manera te hace fuerza. ¡Es posible, cristiano, que tengas entrañas tan duras que desconozcas estas profusiones de la divina misericordia, que abandones tu salud, y que resuelvas tu desventura! No cabe sino en una razon perversa un desacierto que tanto degrada al hombre, y que tan funestas consecuencias le acarrea.

DIA VEINTE Y CUATRO.

SAN PEDRO PASCUAL, OBISPO Y MÁRTIR.

Después que los Moros se apoderaron de todas las provincias meridionales de España; esto es, desde el año de 713, en que el desgraciado rey don Rodrigo fué muerto en la batalla que perdió contra los infieles llamados de Africa por el conde don Julian, viéndose reducidos los Godos á refugiarse en las montañas de Leon, de Asturias y de Galicia, establecieron los Sarracenos su tiránica dominacion en el país, y redujeron todos los cristianos á una lamentable servidumbre. Fué cruel la persecucion; pero no fué bastante para sufocar la fe, conservando Dios por mas de setecientos años multitud de fieles y generosos siervos, que en medio de tan dura esclavitud supieron mantener toda la libertad y todo el zelo de verdaderos hijos de Dios, sacrificando sus bienes y su misma vida á la conservacion del culto divino y al consuelo de sus hermanos cautivos, aliviándolos en sus miserias.

Una familia, entre tantas otras, originaria de Valen-